

que lanzan contra el sistema de la Iglesia; pero no nos importa; al contrario, la aceptamos con gusto, porque, bien mirado, lo que dicen esos adversarios equivale á esto: para los verdaderos hombres, para los hombres completos, se ha hecho la fe católica, puesto que ella se enseorea de su cuerpo y de su alma. Mientras sea el hombre una naturaleza sensitivo-espiritual en una sola persona, cualquier doctrina de la especie de la del Pórtico, ú otra cuyo espiritualismo se revuelva contra el Catolicismo, será incompleta, insuficiente, imperfecta. Es ya imperfección que no piense más que en sí mismo el espíritu que está íntimamente ligado al cuerpo. Y es prueba de mayor y más perfecta actividad el que no cese de obrar el espíritu, sino después de haber sometido á sus leyes esta naturaleza humana que le está tan íntimamente unida, aunque le sea muy inferior. ⁽¹⁾

No es, por cierto, muy elevada moralidad la enseñada por los que no pueden perdonar á la Iglesia la atención que presta á las cosas sensibles; es una desmembración del hombre. Tienen vergüenza de confesar que, tanto como los que más, dependen ellos de la sensibilidad; es orgullo. Hallan que es muy trabajoso y difícil ennoblecer á la vez el espíritu y la naturaleza sensible, ¡qué debilidad y qué cobardía! Prefieren atender únicamente al espíritu, y encontrar en ello un pretexto para dar á rienda suelta á la sensibilidad; es dar pruebas de sentido carnal. «Lo que comienza por el espíritu *falso*, termina, por la carne». ⁽²⁾

Jamás, desde los tiempos de Faetonte é Icaro, ha sido provechoso querer elevarse demasiado. No debe olvidar el hombre que fué formado del polvo de la tierra, no fué creado para vivir en los aires, sino en la tierra. Seguro está de caer aquel cuyos pies abandonan la tierra firme. Sin embargo, para no caer de alturas vertiginosas, ¿será necesario ponerse al nivel de los animales que guardaba el Hijo Pródigo, alimentándose con su comida y revolcán-

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 24, a. 3, c.

(2) Gálatas, III, 3.

dose en el fango? Claro está que no halla su salud el hombre rindiendo homenaje á un espiritualismo exagerado que degenera en desenfrenada sensualidad, tanto más fácilmente, cuanto, por favorecer al espíritu, está más lejos de despreciar la naturaleza sensible. Halla así pretexto para persuadirse de que no está ella sometida á las leyes del espíritu. Puede, en esto en verdad, caer en error por su falso brillo hasta un pensador cabal; pero nadie puede engañarse seriamente respecto de las miras del materialismo, ese astuto seductor que, semejante á una Circé, no tiene más que tocar los hombres con su varita para que al punto:

De inmundos animales voz, cabeza
Y pelo tengan; mas la inteligencia,
Que en ellos hay, trabaja con pereza. ⁽¹⁾

Subir demasiado alto y caer demasiado bajo, son dos cosas igualmente distantes del justo medio. El camino que lleva á este justo medio á nuestra naturaleza, es la tierra firme de la verdadera naturaleza humana. Este camino lo enseña con seguridad sólo el Cristianismo, y aun podríamos decir nosotros sin segunda intención, el Catolicismo. El hombre ha sido creado con los pies vueltos á la tierra, y con la cabeza dirigida al cielo; así debe caminar, si ha de vivir conforme á su naturaleza, y ha de conseguir su fin; la cabeza arriba, el cuerpo bajo la cabeza; la cabeza va adelante con el pensamiento; tras ellas va la acción. El ojo del espíritu mide el fin, la voluntad trabaja por alcanzarlo, da facilidades al camino el corazón, poniendo al servicio de la inteligencia y de la voluntad fogosos corceles, encerrados en sus viviendas, impacientes por dar á conocer su fuerza y su rapidez. En condiciones tales, no se puede dejar de llegar al fin, aunque sean numerosos los peligros, y aunque se multipliquen las dificultades.

No faltan caminos para llegar allá; tome cada uno el que pongan á su disposición el deber, la vocación y las relaciones. Si no siempre llegan los hombres á su fin, no está

(1) Homero, *Od.* X, 239 y sig.

la culpa en el camino, aunque no faltan ocasiones en que se le imputa. El todo está para cada uno en seguir de la mejor manera posible el que le indique la Providencia y en no descansar hasta haber llegado á su destino. «¿No sabéis que corren en el estadio? todos, en verdad, corren, mas uno solo lleva la joya. Corred de tal manera que la alcancéis. Y todo aquel que ha de lidiar, de todo se abstiene; y aquellos ciertamente por recibir una corona corruptible, mas nosotros, incorrupta. Pues yo así corro, no como á cosa incierta; así lidio, no como quien da golpes al aire». ⁽¹⁾ El hombre prudente reúne su ser todo entero, inteligencia, voluntad, naturaleza sensible, dirige una mirada decidida al fin, y no malgasta el tiempo ni las fuerzas; no tiene necesidad de fuerza sobrehumana. Debe poder alcanzar el hombre el verdadero fin á que fué destinado. Necesariamente hemos de llegar allá con una inteligencia lúcida, con una voluntad firme, con un corazón bien dispuesto. No tiene obligación el hombre de hacer más de lo que puede, no tiene obligación de salirse de la regla. Haz solamente lo que puedas; Dios, por su parte, realizó ya su obra.

(1) I á los Corintios, IX, 24 y sig.

APÉNDICE I

¿PUEDE LA VOLUNTAD DESEAR EL MAL COMO TAL?

Fuera de algunos nominalistas que, como se sabe, por espíritu de contradicción, han tenido sus complacencias en las doctrinas más peligrosas, jamás ningún doctor católico ha tenido la tentación de negar que la voluntad quiere constantemente el bien, que no puede querer más que el bien. En pocas palabras dice San Basilio, que «por su naturaleza son una misma cosa, el objeto de nuestros deseos, el objeto de nuestros amores y el bien». ⁽¹⁾ Afirma San Agustín, que «aun actualmente, á pesar de la caída en el pecado, es incapaz nuestro espíritu de querer tanto el mal como tal, como la condenación, y que le es imposible renunciar al disgusto que siente por el uno y por la otra». ⁽²⁾ Acordes están en esta materia los teólogos de todas las escuelas con Santo Tomás, que le dedica una discusión detallada. ⁽³⁾ Miran como dogma, lo mismo que los Padres de la Iglesia y los antiguos teólogos, el principio con que comienza Aristóteles su *Ética*: «Todo arte, y toda ciencia, toda actividad y toda determinación, se proponen un bien cualquiera como fin. Por eso definieron ya el bien los antiguos, diciendo, que es algo á que aspiran todos». ⁽⁴⁾ Pero eso á que aspira la voluntad en el momento en que se pone en actividad, es el destino final. «De este modo se confunden el fin último de la actividad de nuestra voluntad y el bien». ⁽⁵⁾ «Por lo tanto, apenas se

(1) San Basilio, *in psalm*, 44. Otros Padres en *Estio*, 2, d. 24, § 7.

(2) S. Agustín, *Enchirid.*, 105; *Confess.*, 2, 6, 12.

(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 8, a. 1; Dante *Parad.*, 5, 10 y sig.

(4) Aristóteles, *Eth.*, 1, 1, 1.

(5) Juan de Sto. Tomás, *Curs. theol.*, IV, d. 1, a. et Ferrariens., in 3. *C. Gent.*, 16.